

I

CHICAGO

Estamos en Chicago (Estados Unidos) y es el mes de agosto. Hemos llegado al aeropuerto Ohara –uno de los dos que existen en la ciudad– tras nueve horas de vuelo desde Madrid.

Tras superar los estrictos controles de seguridad norteamericanos junto a María (mi mujer) y mis hijos Alberto de 18 años y Jaime de 21, hemos tomado un taxi para llegar al centro de la ciudad.

El tráfico es considerable y tardamos más de una hora en recorrer los veintisiete kilómetros de distancia desde el aeropuerto, situado al norte de la ciudad, y el centro.

Siempre me ha gustado, cuando llego a un lugar que no conozco, el recorrido desde el aeropuerto hasta el hotel. Esa primera impresión de una nueva ciudad cuando la recorres desde los suburbios hasta el centro proporciona una aproximación bastante exacta de cómo es y me produce una agradable sensación de descubrimiento.

El hotel, elegido desde España por Internet, es el Windham, situado en Wacker Drive, una calle a dos niveles, paralela al río Chicago, con la parte superior para coches y la inferior peatonal.

La ciudad de Chicago fue fundada en 1837 con unos cuatro mil habitantes y actualmente, la población se estima en unos dos millones.

Una vez instalados en sendas habitaciones de la planta veintiséis del hotel – con fabulosas vistas– es hora de salir para nuestro primer encuentro con la ciudad.

Al lado se encuentra la Michigan Avenue, una de las arterias principales, repleta de tiendas, restaurantes y hoteles. Atravesándola llegamos a Millenium Park, un oasis de verde en medio de la ciudad, con modernas esculturas como la *Cloud Gate* del artista británico Anish Kapoor, una enorme estructura elíptica con forma de alubia cuya superficie pulida y brillante refleja los edificios próximos.

También en el parque pudimos admirar la *Crown Fountain*, formada por dos torres enfrentadas de quince metros de altura cada una en las que se proyectan, de forma cambiante, los rostros de personas de distintas etnias. A la altura de sus bocas abiertas emanan chorros de agua que caen directamente al suelo.

Pero quizás, lo más interesante del Millennium Park sea el *Jay Pritzker Pavilion*, diseñado por el arquitecto Frank Gehry, cuyas originales formas resultan similares a las del museo Guggenheim de Bilbao y en cuyo escenario al aire libre en las tardes de verano se programan conciertos gratuitos de música clásica y jazz que son disfrutados por el público sentado en sillas o en el césped.

Esa primera tarde en Chicago en el auditorio escuchamos el Segundo Concierto para piano de Rachmaninov y decidimos, dada su proximidad al hotel, que será una buena manera de terminar todos los días que estemos en la ciudad.

Así tuvimos ocasión de disfrutar en diferentes días de la banda de Free Jazz Black Fire y de la Consagración de la Primavera de Stravinski, interpretada por la Orquesta Sinfónica de Chicago.

Tras el concierto volvimos al hotel visitando frente a este el Memorial a los caídos en la guerra de Vietnam que se encuentra en el nivel peatonal de la *Wacker Drive* y está formado por una fuente rodeada de placas con los nombres impresos de los soldados fallecidos en esa guerra.

Nuestro segundo día en la ciudad se inicia con la visita al *Art Institute* de Chicago. Un museo ecléctico que posee la mayor colección de cuadros impresionistas del mundo fuera de Francia. Además de una buena colección de arte nativo americano, chino, indio y nepalí.

También en este museo se exhibe el cuadro de Grant Wood: *Gótico Americano*, pintado en 1930 y en el que un granjero y su hija con aspecto de solterona miran al espectador con unas adustas caras, él con una horca para aventar el heno en la mano derecha a modo de lanza y con la granja como fondo. Este cuadro fue considerado, en su momento, satírico y hoy en día es un clásico caricaturizado y reproducido hasta la saciedad.

En concreto en la escena de la boda de la película *The Rocky Horror Show* dirigida en 1975 por Jim Sharman aparece una pareja de granjeros casi idénticos y posteriormente se reproduce el cuadro en la escena del castillo.

Terminado el baño de cultura nada mejor que un paseo por el *Loop*, la zona del centro delimitada por las vías elevadas del famoso metro aéreo de Chicago, donde transcurre la famosa persecución de coches de la inolvidable película *The French Connection*, dirigida en el año 1971 por William Friedkin protagonizada por Gene Hackman y nuestro Fernando Rey en el papel de villano.

Esta parte de la ciudad está repleta de espléndidas muestras arquitectónicas del siglo diecinueve como los edificios *Fine Arts* de 1885, donde el mundialmente famoso arquitecto Frank Lloyd Wright tuvo su estudio, el edificio Monadnock de 1891, el Edificio Marquette de 1895 y el Rookery construido en 1888 y cuyo vestíbulo fue reformado en 1907 por el propio Wright.

Hay varias cosas que son características de Chicago: Los fuertes vientos que soplan todo el año, (es conocida como la ciudad del viento), el Jazz, el Blues y sus edificios, donde los arquitectos han desarrollado casi sin límites su imaginación y expresión creativa.

Esto empezó tras el incendio que destruyó en 1871 la mayor parte de la ciudad, y al disponer de espacio suficiente, la reconstrucción dio la posibilidad a los arquitectos de darle una nueva forma más moderna y muy avanzada a su tiempo.

En cuanto al blues y al Jazz, Chicago fue la cuna o el lugar de residencia de grandes estrellas como Muddy Waters, Louis Armstrong, Benny Goodman y Nat King Cole entre otros.

Sin olvidar a los famosos Blues Brothers que todavía dan conciertos pese a la muerte de John Belushi hace unos años y que se popularizaron en España con la película homónima, que en España se tituló *Granujas a Todo Ritmo* y que dirigió John Landis en 1980.

Hoy en día existen numerosos locales donde escuchar buen blues en directo como el House of Blues o el Buddy Guys Legends.

Aunque menos recomendables, también dieron fama a Chicago sus *gansters* en la época de la Ley Seca, durante los años veinte del siglo pasado. Todos hemos oído hablar de Al Capone y John Dillinger alguna vez.

Dejando tan malas compañías vamos a continuar nuestro paseo por la ciudad y frente al *Art Institute* y perpendicular a este se encuentra la calle Adams donde está la señal de tráfico que marca el comienzo de la Ruta 66. Cuyo recorrido es motivo de este viaje y de la que más adelante hablaremos ampliamente.

Caminando desde allí llegamos a la Torre Willis construida en 1973 con el nombre de Torre Sears y que fue hasta 1997, con sus cuatrocientos cuarenta metros de altura y ciento diez plantas, el edificio más alto del mundo, record que perdió ese año al construirse en Kuala Lumpur, capital de Malasia, las Torres Petronas.

La vista desde el Skydeck de la planta ciento tres es inigualable y espectacular. Se ve toda la ciudad y una buena porción del lago Michigan y tiene unas cabinas con suelo de cristal que sobresalen del edificio y que al entrar en ellas parece estar flotando sobre las calles. No es muy recomendable si padeces de vértigo pero resulta muy emocionante si no te afectan las alturas.

Al bajar de la torre pretendíamos comer en el cercano restaurante Lou Mitchells, famoso por ser el preferido para desayunar por los viajeros que van a iniciar el recorrido por la Ruta 66, pero a esa hora estaba cerrado, de manera que optamos por comer en alguno de los bares de la próxima *Union Station* y que permanecen abiertos durante todo el día.

Como tantos lugares de Estados Unidos, esta estación de trenes también tiene su lugar en nuestros recuerdos cinematográficos. Allí se rodó la escena del coche de bebé que, en medio de un tiroteo, cae por una escalinata en *Los intocables de Elliot Ness* dirigida en 1987 por Brian de Palma y que protagonizaron Robert de Niro, Kevin Costner y Sean Connery (el inefable 007). Esa escena constituye claramente un homenaje a la similar del clásico de 1925 *El Acorazado Potemkin* del ruso Serguéi M. Eisenstein.

Al anochecer dimos un paseo por el *Loop* donde se encuentran diseminadas numerosas esculturas al aire libre. En una plaza delante del *Chicago Civic Center* en la calle Washington hay una enorme escultura de Pablo Picasso y al lado, junto al Ayuntamiento, otra de Joan Miró.

Resultó impactante ver en esa plaza a una familia de mendigos, con niños pequeños, pasando la noche en la calle protegidos con cartones y junto a las esculturas. Nos hizo reflexionar sobre los grandes contrastes que existen en el país más rico del mundo.

Nuestro último día en Chicago lo dedicamos a visitar el Museo Field, centrado especialmente en historia natural y antropología y que ocupa un bello edificio neoclásico construido en 1921 junto al

lago Michigan. Este museo contiene una importante colección de artesanía de los indios americanos, una reproducción de una vivienda india, otra de una mastaba egipcia, momias de esa misma cultura, esqueletos de dinosaurios y los disecados leones de Tsavo.

Estos leones provocaron en 1898 el pánico entre los trabajadores que estaban construyendo la línea férrea entre Kenia y Uganda cuando devoraron a un gran número de ellos.

El teniente coronel John Henry Patterson era ingeniero en la construcción de un puente ferroviario sobre el río Tsavo en Kenia y fue quien al final, tras varios intentos fallidos, les dio caza.

Durante el periodo de construcción, muchos de los trabajadores indios fueron atacados y muertos por esos dos ejemplares machos de leones, al ser arrastrados por la noche al exterior de sus tiendas de campaña para ser devorados.

Patterson finalmente disparó contra el primer león el 9 de diciembre de 1898 y tres semanas más tarde localizó y abatió a la segunda bestia.

El número exacto de personas muertas por los leones, según Patterson, fueron unas ciento treinta y cinco. Aunque parece ser exageró esa cifra y en realidad fueron unos treinta y cinco trabajadores los realmente fallecidos.

Las pieles de los leones estuvieron como alfombras en casa de Patterson durante más de dos décadas, hasta que fueron vendidas al Museo Field en 1924 por la suma de cinco mil dólares. Allí tuvieron que ser restauradas, antes de ser exhibidas, dado el lamentable estado en que se encontraban, sin duda por el uso que les dio el cazador.

Sobre esta historia dirigió Stephen Hopkins en 1996 la película *The ghost and the darkness*, titulada en España *Los demonios de la noche*, con Michael Douglas y Val Kilmer.

Después de esta visita al interesante Museo Field hemos tomado un barco que navega por el lago en paralelo a la ciudad y